

Un artículo de Unamuno publicado en Alemania

Fernando Hermida de Blas

El artículo que vamos a ofrecer a continuación es escrito en español por Miguel de Unamuno, y aparece traducido al alemán en la revista «Der Neue Merkur», de Stuttgart/Berlín, en mayo de 1915, con el título «Das geistige Spanien und Deutschland».

De manera que nuestro trabajo no ha sido otro que el de retraducir al español dicho texto en alemán.

Sin embargo, antes de entrar en el artículo, debemos brindar al lector algunas reflexiones acerca del interés que tiene en sí mismo, así como respecto al contexto en que es escrito y publicado: de hecho, ambas cuestiones –interés y contexto– están mutuamente imbricadas.

Para empezar, indicamos que, por lo que sabemos, el texto no aparece en ninguna de las recopilaciones de artículos de Unamuno. Podemos añadir que se trata de un escrito poco conocido, incluso para alguno de los traductores de Unamuno al alemán. En cuanto a su valor dentro de la obra unamuniana, no es precisamente pequeño, puesto que en él se abordan cuestiones tan importantes –a la hora de comprender el pensamiento del autor bilbaíno– como su decidida actitud aliadófila y mucho menos galófoba de lo que se ha señalado, o, por contraposición, su talante profundamente contrario al militarismo prusiano. Además, también queda patente la posición –no siempre bien entendida– que ocupa Unamuno en la polémica entre los «europeizadores» y los «casticistas» a propósito del llamado «problema de España»: un «problema» que más bien habría que convertir en plural, «problemas», si es que se quiere calibrar adecuadamente la magnitud de la cuestión, así como «desontologizarla».

Sea como fuere, Unamuno se plantea en el artículo el asunto del «ser de España», aunque no lo llame explícitamente así; y lo hace de una forma muy interesante para entender cómo lo abordan los autores del «98», o, más correctamente, de la «crisis de fin de siglo» en España.

En lo que se refiere al contexto, debemos aclarar primero que se enmarca en la recepción de Unamuno y su obra en Alemania: una recepción que no conforma un todo homogéneo, sino que atraviesa cuatro fases temporales principales,

aunque algunas solapadas entre sí, como se puede comprobar en la propia correspondencia epistolar que el autor bilbaíno mantiene, a lo largo de su vida, con muchos –y muy diversos– personajes alemanes. El marco concreto del artículo hay que buscarlo, como ya hemos indicado, en el periodo de la Gran Guerra.

En esta época, Unamuno entra en contacto con un grupo de intelectuales alemanes muy relacionados, a su vez, con los literatos católicos franceses de aquel entonces, especialmente con Claudel. En este grupo de literatos alemanes –agrupados en torno a la Hellerauer Verlag (Editorial de Hellerau), dirigida por J. Hegner– destaca Paul Adler, traductor del artículo que estamos tratando, así como de *Das tragische Lebensgefühl*, versión alemana de *Del sentimiento trágico de la vida*.

Adler, nacido en Praga en 1878 y muerto en la misma ciudad checa en 1939¹, es miembro de la numerosa colonia judía de la capital bohema y, en concreto, de aquella parte de dicha colonia educada en la lengua y cultura alemanas –que incluye, aproximadamente, a un tercio de los judíos de la ciudad–. Doctorado en Derecho en 1901, Adler se dedica sin embargo al periodismo y a la literatura. En cuanto a su actividad periodística, escribe multitud de artículos tanto en la prensa de su ciudad natal como en la de Alemania. Y respecto a su actividad literaria, se interesa especialmente por la novela, aunque también publica poesías, dramas, relatos y ensayos. De su producción son especialmente destacables las novelas *Elohim* (1914), *Nämlich* (1915) y *Die Zauberflöte* (1916).

La primera, en concreto, es remitida por Hegner a Unamuno, según deseo expreso de Adler, y se compone de cuatro relatos encuadrados en el llamado «expresionismo literario»: relatos que podemos denominar «bíblicos», cargados del simbolismo místico propio de la tradición religioso-cultural judía «heterodoxa» cabalística, alternativa a la tradición «ortodoxa» sionista, farisea. Con lo que podemos comprender fácilmente la atracción mutua que deben sentir Unamuno y Adler: ambos, intelectuales disidentes, defensores de puntos de vista muy personales y enormemente preocupados por los problemas vitales del individuo, en particular por las cuestiones de carácter religioso.

Ahora bien, esto no quiere decir que el escritor bohemio sea un admirador incondicional del autor bilbaíno, sino que su entusiasmo no le impide hacer observaciones críticas al propio Unamuno. De hecho, probablemente se trata del traductor de Unamuno que más libertades se toma a la hora de hablarle con franqueza de aquello en lo que no está de acuerdo con él: algo que se puede comprobar en los jugosos comentarios que incluye –bajo el encabezamiento de «Advertencia»– en su introducción al artículo de Unamuno; o, más aún, en las cartas que remite al pensador vasco.

También hay que señalar que, inicialmente, Unamuno no quiere entablar relación directa con Adler. Efectivamente, Adler se dirige a Unamuno tanto por el interés personal que despierta en él su obra como en nombre del mencionado círculo de literatos alemanes al que pertenece. Su intención es traducir y publicar en alemán la obra del escritor bilbaíno o, al menos, escribir un ensayo sobre él².

¹ Los detalles biográficos sobre Adler pueden consultarse en la obra de Ludo Abicht que aparece en la bibliografía.

² Como le indica el poeta de Praga en su carta del 15 de agosto de 1913.

Sin embargo, Unamuno no le responde ni directa ni inmediatamente, sino a través del editor Hegner. En vista de lo cual, Adler le manifiesta su deseo de recibir directamente unas líneas suyas³. Unamuno atiende esta solicitud y, en plena Primera Guerra Mundial, le envía *Del sentimiento trágico de la vida* para que lo lea. Pero Adler quiere ir más lejos, por lo que le asegura que su intención es escribir en un periódico alemán un artículo acerca de su pensamiento, e incluso le adelanta que –una vez leído *Del sentimiento...*– va a pedirle el derecho de traducción de ese libro y de otros más⁴. Justo al mes siguiente aparece su traducción del artículo de Unamuno, que ofrecemos en estas páginas.

Sin embargo, esta relación tan cordial no está exenta de tensiones desde un primer momento. Sin duda alguna, la actitud militantemente aliadófila de Unamuno introduce un elemento de fricción no sólo con Adler, sino con todos los intelectuales alemanes que tienen trato con el autor vasco. Ahora bien, este problema no se da en el caso de Adler porque éste sea un nacionalista alemán o un pangermanista –que no lo es–, sino porque el escritor judío, al contrario que Unamuno, mantiene una postura tan crítica hacia los aliados como hacia los Imperios Centrales. Así, le dice cosas tales como «Cuando usted no quiso ocultar que la cuestión del imperialismo alemán hería su sentimiento, creía yo que usted rechazaba igualmente el imperialismo de sus enemigos (Rusia e Inglaterra). (...) No me parece en absoluto que Rusia e Inglaterra quieran defender a los pueblos cristianos de la dominación de un pueblo cristiano (...) Más bien he encontrado en todas partes el mismo imperialismo comercial europeo que, juntamente con la democracia, conforma nuestra época»⁵. Y, en el mismo sentido, desaprueba la visión que Unamuno tiene de Alemania: visión que él estima –probablemente con razón– basada en la imagen que han dado de ella tanto los propios nacionalistas alemanes como sus enemigos. En cualquier caso, se trata de comentarios fundamentales a la hora de entender las jugosas observaciones que Adler incluye en la mencionada «Advertencia» que precede a su traducción del artículo de Unamuno.

Lo que sí resulta curioso es que esta carta de Adler, escrita en plena Guerra, supere la criba de la censura, porque si bien las críticas a los aliados pueden ser aceptables para el funcionario de turno, cabe suponer que las vertidas hacia los alemanes no son admisibles sin más.

Pero estas primeras tensiones entre Unamuno y Adler no desencadenan un rompimiento inmediato, sino que este último reconoce que los juicios de Unamuno sobre los alemanes no han llegado a desembocar en las insensateces en las que sí han incurrido otros autores. De manera que continúa su abierta y franca correspondencia con el pensador vasco, sin ahorrarle ningún elogio cuando cree que lo merece, ni negarle ninguna censura cuando piensa que se ha hecho acreedor a ella. Ahora bien, probablemente esa reiterada y militante postura aliadófila de Unamuno acaba por interrumpir la comunicación con Adler, lo mismo que le ocurre –en general, mucho antes que con el escritor de Praga– con otros intelectuales alemanes.

³ Carta del 6 de agosto de 1914.

⁴ Carta del 19 de abril de 1915.

⁵ Carta de Adler del 9 de marzo de 1915. La misiva está escrita en alemán, pero hemos conservado en la traducción los correspondientes subrayados que hace el intelectual bohemio.

Sólo bastantes años después, en 1924 ó 1925, Adler retoma su relación epistolar con Unamuno, en una única carta, aunque muy extensa: ocho páginas manuscritas con letra apretadísima, sin apenas márgenes y difícil de leer. En ella hace un repaso de lo que ha sido su relación con Unamuno y de lo que le sugiere su pensamiento, a partir de la reacción que le produce la lectura de *Del sentimiento trágico de la vida*, que él está traduciendo (o ha traducido ya) al alemán, y que aparece publicado en 1925 por la Editorial Meyer & Jessen, de Múnich. Su actitud hacia Unamuno es una mezcla de sentimientos contradictorios, especialmente exacerbados: admiración, indignación y repulsa manifestados en un caos de comentarios personales sin esquema alguno de construcción lógica. Ya hemos dicho que Unamuno no debió tener nunca un traductor que se dirigiera a él en un tono tan crítico como Adler.

Entre las principales discrepancias que mantiene con él, destacan el tratamiento que hace Unamuno del tema de la justicia eterna, su posición egotista —que Adler no duda en calificar de «egocéntrica»— o su utilización del concepto científico de «entropía».

Además, en esta carta se aprecia que parte de la animosidad de Adler procede de cierto recelo ante el hecho de que el escritor bilbaíno se haya convertido en noticia política por su destierro, así como por la imagen que de él se ha creado como luchador contra la dictadura de Primo de Rivera.

Para terminar esta cuestión del contexto particular en el que se enmarca el artículo de Unamuno, debemos señalar que la relación con Adler es sin duda una de las más interesantes —si no la más interesante— de las sostenidas por el autor vasco con germanohablantes. Por eso mismo es lamentable que este escritor de Praga interrumpa su correspondencia por causa de la Gran Guerra y de la posición aliadófila de Unamuno, y luego la retome justo en el momento en que abandona su actividad como narrador para centrarse en su papel de crítico de arte y articulista político. En cualquier caso, Adler es una muestra de que Unamuno tiene como traductores al alemán a personajes de gran formación intelectual: algo bastante afortunado para él.

En cuanto al asunto de la actitud aliadófila de Unamuno en sí, es absolutamente inseparable de la posición «central» que ocupa en la polémica entre los «europeizadores» y los «casticistas» respecto al «problema de España», así como de su pregunta por el «ser de España» en una línea típica del «noventayochismo».

Para empezar, Unamuno asegura en su artículo que ningún pueblo de Europa odia a España, porque todos la desconocen y tienen una imagen irreal de ella, que debe mucho a los tópicos y los mitos que, sobre los españoles, circulan en los ámbitos intelectuales del Continente, y que acaban por distorsionar la realidad española convirtiéndola en una caricatura. Y es precisamente esa falta de relaciones intelectuales de Europa con España la que ha dividido tajantemente al propio pueblo español —con motivo de la Guerra Mundial— en dos bandos (germanófilos y germanófobos), que no son más que una nueva forma de la sempiterna guerra civil latente en que vive fragmentada la sociedad española. Por consiguiente, Unamuno capta —con gran perspicacia— el hecho de que esa toma de posición de los españoles frente a los bandos enfrentados en la Guerra es más un asunto interno de la propia sociedad española que una auténtica postura frente a cuestiones internacionales: responde, casi exclusivamente, a la fragmentación de

los españoles en dos grandes bloques o credos políticos, que utilizan la Guerra Mundial como simple excusa para contender ideológicamente entre sí.

El desprecio que sienten muchos intelectuales alemanes hacia España se ha visto reforzado por algunas exaltaciones románticas, totalmente funestas para la propia España, pues esto ha servido para sostener la idea de que los españoles no han hecho nada desde el siglo XVII: la visión «casticista» y reaccionaria sobre España se ha impuesto tanto a quienes la han defendido –por ser ellos mismos reaccionarios– como a quienes la han atacado –por ser liberales–.

Unamuno parece estar reclamando que se establezca un nuevo punto de referencia –distinto del punto de vista tradicional o «casticista»– desde el que se pueda enjuiciar correctamente a España y a los españoles, sea para alabarlos o para criticarlos. Y precisamente lo que reprocha a los alemanes es que no quieren conocer a los españoles. En cambio, los italianos los conocen bastante bien, los ingleses tienen la decidida intención de conocerlos cada vez más y mejor, mientras que los franceses, aunque los tratan mal, al menos los tratan.

Sin embargo, por otro lado, Unamuno reivindica lo que llama «nuestra hispanidad», «nuestra africanidad»: «lo que somos ante nosotros mismos en nuestra intimidad»⁶. Esa «concepción española» o «espíritu español» –aunque no lo llame así– es enormemente diferente de la voluntad que domina los pueblos modernos: los españoles no emplean su fuerza hacia fuera de España; la labor de los trabajadores intelectuales españoles no se ve reforzada con la milicia; el pensamiento español no es «científico», o sea, erudito, sino misterioso y poético, etc.

Se trata, en definitiva, de esa postura que queda perfectamente explicitada en la expresión unamuniana «inventen ellos, y lo sabremos luego y lo aplicaremos»: expresión a menudo mutilada, «macarthyanamente», y presentada simplemente como «que inventen ellos», con lo cual se tergiversa la postura de Unamuno, tratando de identificarla con un presunto «reaccionarismo» que está muy lejos de su compleja actitud central entre los «europeizadores» y los «casticistas». Por consiguiente, este artículo resulta interesante a la hora de calibrar el pensamiento de Unamuno en lo que se refiere a esta cuestión, independientemente de que se esté en desacuerdo con él.

De hecho, lo que sostiene Unamuno es que España tiene que aprender mucho de Europa (o sea, de la civilización moderna) y de los adelantos científico-tecnológicos, que también hay que aplicar en España («...la luz eléctrica, descubierta en su lugar, no alumbrará peor en el nuestro»⁷). Pero, al mismo tiempo, cree que España no tiene que resignarse a no dar algo a Europa, que ésta no tiene: a saber, ofrecer a Europa el fin último del pensar, que no es explicar el mundo, sino darle forma desde el punto de vista del creador, del poeta. Ésta sería, por tanto, la finalidad propia de España respecto a Europa: una finalidad tan propia y válida como propia y válida es la de Europa respecto a España.

Unamuno exige de Alemania –y de Europa entera– que reconozca que, si bien los españoles son aprendices en la mayoría de las materias, son asimismo campeones a su manera y en su campo: no son un pueblo «semisalvaje» al que el

⁶ Ver más adelante el artículo.

⁷ Ver nuevamente el artículo, donde expone esta idea que aparece en tantos otros escritos suyos.

primer europeo que llegue deba civilizar y modernizar, ni un pueblo «semisalva-je» al que Europa tiene que admirar por su «sangre caliente», «exacerbada religiosidad» y demás tópicos propios de la España mítica —que no de la real—. Cuando los españoles dominen la tecnología y la organización, lo mismo que en el momento de la Guerra hace aparecerles como inadecuados para la «lucha por la supremacía»⁸ les hará el día de mañana «especialmente capaces de nuevas formas de cultura»⁹.

Expresado esto de otra manera, es bien conocido que cuando se le interroga acerca de cuáles son las épocas históricas que prefiere, acaba reconociendo que lo son la Edad Media y la época de la Revolución francesa. Aunque inmediatamente se pregunta si no son medias todas las edades y si no hay revoluciones en todas ellas. En cualquier caso, esa dicotomía es enormemente clarificadora de su postura, aunque analizar el porqué de esa actitud sería motivo suficiente para escribir un extenso artículo. Por eso no entraremos a tratar aquí ese asunto.

Ahora bien, también podemos encontrar un motivo mucho más personal en esa «germanofobia» del escritor bilbaíno: «germanofobia» más real que la «galofobia» que se le ha atribuido con no demasiado fundamento. Dicha razón no es otra que el odio que siente por la concepción que los nacionalistas alemanes tienen del propio pueblo alemán: para éstos, el alemán es uno de los «Kulturvölker» («pueblos de cultura», «pueblos cultos»), frente a los pueblos —como el francés— que son simplemente «civilizados». Y es de destacar que Unamuno deteste especialmente que el término «Kultur» se escriba con «K», porque esa letra es, para él, la más clara expresión del nacionalismo alemán, del pangermanismo y del militarismo prusiano: en esa letra encuentra Unamuno la metáfora expresiva del imperialismo alemán que tanto odia.

Para el pensador vasco, en este momento de su vida intelectual —aunque no lo explicita en su artículo— la «civilización» es lo verdaderamente importante, a pesar de tratarse de algo externo. En efecto, los adelantos conseguidos por un colectivo humano (la «civilización») generan la capacidad humana individual (la «cultura»), si bien es precisamente esa misma capacidad la que sustenta dichos adelantos. Porque, según Unamuno, lo que ha progresado es la civilización, y no la cultura: en la historia de las civilizaciones se advierte una evolución a mejor en cada una de ellas respecto de la anterior, en el sentido en que cuando una civilización entra en crisis y acaba por morir, surge de ella —como fruto suyo— una civilización mejor. De ahí que las épocas de crisis no tengan para Unamuno un sentido necesariamente negativo, pues incluso plantea la idea de que hay que fomentar que una civilización entre en crisis, ya que para que aparezca una civilización más perfecta debe desaparecer la anterior.

Estos son, en resumen, los parámetros de contexto e interés en los que se encuadra este escrito de Unamuno que, como señalamos al principio, no había aparecido antes en las recopilaciones de artículos suyos —al menos por las noticias que tenemos— y que es muy poco conocido incluso en Alemania.

⁸ Adviértase la expresión que emplea Unamuno, propia del «darwinismo social», en una época (1915) en la que muchos comentaristas sostienen que ha abandonado totalmente el positivismo profesado en su juventud, y que, realmente, nunca deja del todo. Por supuesto, esto no quiere decir que Unamuno sea un darwinista social —que nunca lo fue—, sino, simplemente, que esa terminología todavía formaba parte del lenguaje habitual de los intelectuales españoles.

⁹ Ver el artículo.

LA ESPAÑA INTELECTUAL Y ALEMANIA¹⁰

Por Miguel de Unamuno
(Rector de la Universidad de Salamanca)

ADVERTENCIA

Miguel de Unamuno, de Salamanca, —cuya opinión acerca de las relaciones culturales España-Alemania han solicitado sus amigos alemanes— es considerado en su patria uno de los hombres más importantes de la nación, mientras que allende las fronteras españolas es uno de los más creativos pensadores del moderno pragmatismo religioso. Tanto los conocedores del filósofo como él mismo no discutirán demasiado semejante etiqueta. Aquí no pretende más que ilustrar de entrada a numerosos lectores que no seguirán después el tema. La etiqueta sólo quiere destacar dos rasgos de un mundo de pensamientos y sentimientos: el primero equivale al distintivo de todo lo «religioso» en dirección básica y sin supuestos a lo imperecedero. El otro es el partir básico y sin supuestos del actuar del hombre real y de lo que le es útil; en el caso de Unamuno, el partir de la gran utilidad de nuestra pervivencia en una vida futura.

En efecto, según la psicología de Unamuno, toda la vida intelectual gira en torno a la vida futura. La necesidad de perdurar en el tiempo venidero sólo puede satisfacerla el hombre en la religión. Cristo es sobre todo el garante de la resurrección. Pero del choque de esta necesidad metafísica y sentimental con su imposibilidad sensible surge el gran vacío y desgarramiento del hombre productivo (del alemán Kleist, por ejemplo), surge el «sentimiento trágico de la vida»; de la perplejidad de ese hombre salen, una vez más, todas las obras humanas, la religión mística en último término. Unamuno ha seguido especialmente la aventura de Don Quijote como representante español de la exaltación creadora en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, su obra más importante después de *Del sentimiento trágico de la vida*.

En esta obstinada atención a lo sensible dado y en la voluntad igualmente enérgica de convertir lo abstracto, incluso lo absoluto, en concreto es Unamuno eminentemente católico y escépticamente moderno a la vez. Pero en esta actitud él mismo quiere ser considerado también como español nacional. Desde cierta inclinación literaria, no exenta de un grandioso y «español» desaliño, Unamuno lleva siempre a cabo la espontánea equiparación del espíritu con el héroe de las grandes almas, con el caballero de la triste figura corporal, con Don Quijote.

¿No es para nosotros Don Juan Tenorio, pasando por todos los Miguel del teatro, el símbolo de la España de «naranjas y guitarras»? Pues bien, nuestro quijotesco intelectual Miguel nos instruye al respecto de modo inequívoco en la carta que aquí reproducimos. Casi nos atreveríamos a decir que con más claridad de la que necesitamos. El presentador de España en el gran teatro del mundo, en el «auto» cristiano, es Don Quijote, al igual que los héroes ideales de las estrepito-

¹⁰ Artículo aparecido en la revista alemana «Der Neur Merkur», de Stuttgart/Berlin, en mayo de 1915, con el título «Das geistige Spanien und Deutschland».

sas comedias de capa y espada son Moltke y Bismark. La tradición española no conoce los grandes dramas reales. ¿Qué otra cosa quiere el ampuloso Enrique V sino «ser una lengua de fuego» etc. que anuncia hechos efímeros en Francia? ¿Sólo «El príncipe constante» de Calderón? Él une Marruecos (hablando en términos políticos) a su patria a través de su mero carácter, y sobre el montón de estiércol.

Pero hay un punto en el que Unamuno, de forma llamativa, desconoce en sus reproches el grado de calor anímico de nuestra Alemania. «El paso de Kant de la razón pura a la razón práctica» (que Unamuno considera fundamentalmente lógico) no es menos quijotesco que el desmesurado paso desde el «sentimiento trágico» al grandioso delirio mítico, casi de forma kantiana, próximo a Lutero, y que es tan profundamente protestante como originariamente católico. En efecto, también el protestantismo edifica su iglesia solamente sobre la tertuliana terquedad africana. También él, como cualquier corazón creyente, lanza el sacratísimo «quia absurdum est»¹¹, el «porque yo no puedo llegar más lejos con mi conocimiento y, sin embargo, soy». Soy *más allá de lo que pienso*. Ahora bien, aquí se diluye el «sin embargo» en la «gracia» oponente: Ave Quijote, animae germanicae te salutant¹².

¡En este caso —y quizá en algunos posteriores— nuestro corresponsal español ha tomado nuestra Alemania en sentido algo restringido y demasiado superficial! Si Kant, por ejemplo, muestra todavía rasgos de pedantería en la disposición de su gran obra es porque le sobra «técnica» y le faltaba algo de «creación poética», no sólo como fridericiano, sino sencillamente como sabio y pensador del siglo XVIII. Aquella época puede fácilmente parecer al extranjero, y sólo a él, la época alemana precisamente debido a que de ella procede la preponderancia del pueblo. Pero Fichte, hijo espiritual mayor de Kant, es ya enteramente intachable en este sentido, muy elevado y, no obstante, profundamente luterano. Él juzgó la dirección religiosa de Kant de forma más «quijotesca» de lo que presumiblemente lo haya hecho alguna vez un español moderno en su literatura.

Pero, aunque a disgusto, queremos aceptar lo que nos dice Unamuno. Nos parece especialmente instructivo precisamente por venir de una fuente más pura que la meramente neutral en sentido político. Aprovecharemos todo esto gustosamente para que los lea una determinada clase de alemanes que —en la guerra y la paz, y especialmente entre pueblos extranjeros— reportan siempre a Alemania tanto provecho inmediato como perjuicios ulteriores.

Paul Adler

El español que quiera informar de la España intelectual en la presente época de guerra no puede quejarse de que uno de los pueblos europeos sienta realmente odio hacia su patria. España es sencillamente desconocida en toda Europa, y también en Alemania. Desde el terreno intelectual nadie conoce España, nadie presta atención al español. En cierta ocasión se quejaba alguien de que en una reunión no se le dirigiera el saludo. El otro se disculpó diciendo que no había visto a su amigo. «Sencillamente no había advertido su presencia», dijo. Esta es precisamen-

¹¹ Por ser absurdo.

¹² Ave Quijote, las almas germánicas te saludan.

te la extrema descortesía de la arrogancia que emplea Europa en el trato con nosotros. Se nos pasa por alto. Los españoles que viven en el extranjero traen una impresión profundamente dolorosa de las disparatadas opiniones que, una y otra vez, oyen allí sobre nosotros, incluso de las personas más cultas. España es considerada un hermoso país —quizá descollante en términos intelectuales—, el país de la fruta meridional. Los españoles mismos son un pueblo de sangre caliente, y cosas parecidas. Luchamos contra una caricatura de los libretos de ópera.

Esta falta de relaciones intelectuales con nosotros, esta carencia, explica que la guerra haya dividido al pueblo español en dos escuetos bandos: en «germanófilos», amigos de Alemania o, dicho en términos propios, enemigos de Francia, y «germanófobos», enemigos de los alemanes. Sin embargo, las razones de esta tajante división tienen un sentido mucho más interno y español que externo. Esta división no es otra cosa que una nueva forma de nuestra siempre latente guerra civil. Casi todas las gentes de derechas han expresado su simpatía por Alemania: los reaccionarios y clericales, los belicosos eclesiásticos. Pero eso no significa en absoluto que esa gente conozca realmente Alemania. Lo que las empuja es su odio hacia la Francia de sentimientos «jacobinos», además de cierto sentido del mando y el orden. Por otro lado, se han declarado contra Alemania casi todos los partidos liberales y radicales. Y hay que reconocer que precisamente los españoles que han vivido en Alemania, o que son al menos capaces de leer periódicos alemanes, consideran injusta, en su inmensa mayoría, la política alemana. Sólo puedo hacer constar el hecho, no explicarlo ahora. Frente a ello, reconocemos gustosamente, como lo hacen españoles que conocen Alemania o el mundo intelectual alemán, cuánto debemos nosotros a esa cultura alemana, a la ciencia alemana, a la poesía alemana, a la rigidez y exactitud alemanas.

Las relaciones internas entre España y Alemania no han sido muy intensas en el pasado, sin ir más lejos debido a la situación geográfica. Hasta tiempos muy recientes todo lo alemán llegaba a nosotros a través de Francia. Nos atentamos a los autores alemanes que recibían aplauso en Francia. Por ejemplo, casi todo lo que circula entre nosotros «traducido del alemán» llega por el camino de versiones francesas o italianas. Hasta hace muy pocos años no era fácil encontrar personas que dominaran el alemán. Hoy han cambiado las cosas, hasta el punto de que se ha hablado no hace mucho de la propagación en España de una «germanomanía». Pero en general estamos más sometidos a influencias francesas, italianas e incluso a algunas inglesas. Por mi parte, creo incluso que la literatura más fácilmente acogida por los españoles es la inglesa, junto a la italiana. No creo que ningún novelista alemán alcance nunca en España el prestigio de un Walter Scott, de un Dickens y de algunos otros autores ingleses. Ciertamente existe un hecho curioso en la esfera del pensamiento puro. Se trata del favor de que gozó durante todo el siglo pasado el filósofo alemán C. F. Krause gracias a nuestro Don Julián Sanz del Río. Sospecho que se debió a los motivos siguientes. La filosofía propiamente dicha afecta al pueblo tan sólo en su superficie, como una especie de espuma cultural, mientras que el fondo del pueblo reside en la religión. De esta manera las naciones católicas y románicas no pueden imitar fácilmente aquel salto de Kant de la «razón pura» a la «razón práctica». En efecto, las raíces de esa filosofía ale-

mana son protestantes, remiten a las concepciones de Lutero sobre la fe. Sin esas raíces, ni Hegel, ni Schelling, ni Fichte podían ser trasplantados a nuestro suelo. El sistema de Krause, por el contrario, aunque con mucho menos carácter propio, contenía algunos elementos místicos, católicos por mediación del pietismo originario. Por ello pudo su doctrina echar raíces en nuestra España, donde, igual que en Bélgica, todo el mundo piensa en católico, incluidos los ateos, aunque no lo sepan. Pero, fuera de este caso singular, los pensadores alemanes sólo han influido de forma muy mediada y desde la lejanía. Desde hace poco, se leen aquí filósofos naturalistas como Haeckel, en traducciones horriblemente vulgares, y se leen las fanfarronerías del infeliz y débil Nietzsche. Pero incluso estas antifilosofías las hemos traído de Francia, donde han encontrado acogida debido precisamente a su odio al cristianismo.

En los últimos años han ido a estudiar a Alemania muchos de nuestros jóvenes. Pero no siempre han traído, aparte de sus conocimientos especiales, lo mejor de lo que allí podían encontrar. En la actualidad están dando un giro los más dotados de entre ellos, aunque durante mucho tiempo han padecido una forma muy negativa y seca de la cultura moderna. Vuelven a las formas españolas de sentimiento. Y están hasta cierto punto hartos de toda Europa y de Alemania en particular (donde algunos han sido preguntados por célebres profesores acerca de si los españoles saben realmente comportarse en la mesa, y cosas parecidas). Seguimos igual: no se desea conocernos.

Nuestra labor en la Contrarreforma —bajo dominio de los Habsburgo, no se olvide— nos ha quitado la simpatía e incluso la atención de toda Europa, especialmente de parte de los países del norte. Se nos ve todavía hoy a través de la absurda leyenda de Felipe II. Con ella se infectó el mismo Schiller. Posteriormente el romanticismo alemán y francés convirtieron nuestro país en lugar raramente apreciado. Pero esta preferencia ha sido para nosotros funesta las más de las veces. En efecto, Schlegel fue el primero que descubrió a la culta Europa nuestro Calderón; Grillparzer se entusiasmó con nuestro teatro; Hebbel celebró los «imperecederos símbolos» de Calderón, y algunas observaciones de Heine acerca de Don Quijote no han sido superadas por nadie, salvo quizá por las de Turgeniev. Schopenhauer apreciaba todavía mucho nuestro carácter de fuerte voluntad. Pero Treitschke tenía de nosotros, como de tantas cosas, las visiones más alemanas: «Así los españoles, este hábil pueblo, se han desangrado por la idea de la hegemonía exclusiva de la Iglesia. Es un idealismo grandioso, que no puede contemplarse sin estremecerse de admiración, etc.» En el fondo, lo sabemos, no somos para la mayoría de la gente culta más que pasado, una especie de decorado histórico y una retrospectión. Todo el mundo piensa que no existimos desde el siglo XVII.

Confieso aquí que los franceses nos tratan mal. Pero nos tratan al menos. Los italianos nos conocen incluso bastante. Y en Inglaterra se han publicado últimamente algunas obras llenas de simpatía hacia nosotros. Entiendo aquí, pues, por «sympathy», no la igualdad de sentimiento, sino, conforme al término greco-inglés, la capacidad de ver a un pueblo extranjero tal como él se ve a sí mismo. Y aquí tengo que hacer una confesión sincera. En los 25 largos años que llevo viviendo en la vieja ciudad de Salamanca, en una plaza relativamente visible, han

pasado delante de mí franceses, americanos e ingleses, pero muy pocos alemanes. Es decir, los alemanes nos envían especialmente sus comerciantes, que aprenden muy bien español, pero que poseen, claro está, muy poca sensibilidad de cara a nuestras peculiaridades culturales. Se informan sobre la geografía y sobre la teoría económica de España; se les oculta el alma española. Más bien parecen negar que poseamos alma ninguna. Hay otra especie de viajeros a los que llamaría viajeros de negocios científicos. Vienen para rastrear algún detalle histórico, y no se piensa en el daño que estos virtuosos del método científico producen en el intercambio del espíritu vivo. Lo que más nos duele a los españoles, que tenemos el alma llena de grandes impulsos y aspiraciones, es ver que esos eruditos nos tratan como a animalitos experimentales de las teorías lingüísticas, en «investigaciones» revestidas de abundante «bibliografía» y realizadas con menosprecio del docente en su materia específica. Sentimos que somos para ese alemán lo adecuado para su microscopio. Si se nos pregunta algo de cuando en cuando se debe a alguna causa ocasional, y no somos considerados más que como acompañantes. Pero no se dice nada de nuestro espíritu propio. Se toman hasta los más pequeños hallazgos de nuestros autores clásicos, pero a nadie le interesa saber que también hoy existen poetas españoles que no van a la zaga de los de otros pueblos. Si se trata del Cid, nada de la última crítica permanece oculto, pero ¿sabe alguien que tenemos en Antonio Machado a un gran poeta y que Baroja, es, además de nuestra «vieja novela picaresca», un gran narrador contemporáneo?

El año 1871 apareció en Stuttgart la segunda edición de un libro titulado Das heutige Spanien¹³, de Gustav Koesch. El libro extrae muy buenas consecuencias para nuestro país de la revolución española de 1869, pero sólo debido a que ese autor se imaginaba que España tenía que hacerse luterana en unos pocos años. Más tarde he sido citado yo mismo como el rector que se ha enfrentado a la Iglesia católica en España. Había gran satisfacción de ver que un rector de la viejísima Universidad de Salamanca podía atreverse a semejante cosa. Pero se ignoraba que España es uno de los países con más libertad de conciencia. Se ignoraba que todo eso de la pretendida intolerancia española es una simple invención, es cosa de ficciones grotescas en torno al, para Europa, oscurísimo Ferrer. Quien dice eso no es, como se ha visto ya, ningún clerical. Es más, ni siquiera puede llamarse auténtico creyente católico-romano. En esa ocasión, después de lo de Ferrer, no se cansó Europa entera, en sus periódicos, de reprocharnos los quinientos años de vieja historia, y en Alemania se destacó, junto a otros, el profesor Ostwald en airear semejantes hechos, que para él debían ser desconocidos.

Lo que somos, lo que somos ante nosotros mismos en nuestra intimidad, nuestra hispanidad, nuestra africanidad, si se quiere, todo esto queda así perdido. Es como si los españoles no tuviésemos ya ningún espíritu del pueblo vivo, ningún peculiar sentimiento universal, ninguna concepción del mundo. Quizá se halla esta concepción española oscurecida en algunos aspectos, nebulosamente indeterminada, pero es indudable que se diferencia enormemente de la voluntad que domina

¹³ La España actual.

los pueblos modernos. Cuando emprendemos algo en el sentido general de la civilización europea, se está satisfecho de nosotros, como de un alumno al que se da una palmadita en la espalda y se le dice: «Bien, muchacho. Para ser español aprendes mucho». Pero vosotros, allá arriba, juzgáis excesivamente pequeño nuestro espíritu; vosotros desconocéis nuestra categoría. Ésta puede pareceros de índole exigua, pero es la nuestra. No emplearemos nuestra fuerza hacia fuera. No subrayamos la posición de nuestros trabajadores intelectuales ni con un ejército con una flota. No digo de nuestros «científicos», ya que en España no conocemos el científicar en sentido propio. Nuestro pensamiento no es propiamente erudito; es más bien un pensamiento misterioso y poético; si se prescinde de esto, no es desde luego gran cosa. Gustosamente dejamos que otros hagan descubrimientos en el terreno de la industria. Estamos convencidos de que la luz eléctrica, descubierta en su lugar, no alumbrará peor en el nuestro. La aptitud de los politécnicos no nos ha sido dada. Pero en el mundo hay cosas más altas que esas ciencias técnicas. Y quizá el fin último del pensar no sea tanto explicar el mundo, sino el darle forma desde el punto de vista del creador, del «poeta». Se trata, pues, de un fin propio. Cierto, y nadie en el mundo es tan ignorante que no pueda aportar algo, algo esencial y definitivo, no simple nota marginal, al que sabe.

Nosotros, los sabios de España, hemos acudido a la culta Alemania para aprender de ella su alta técnica, sus desarrollados procedimientos. No somos desagracedidos con Alemania, sino que le estamos extremadamente agradecidos por todas y cada una de las cosas que nos ha revelado. Seguimos convencidos de que entre nosotros apenas existe la llamada ciencia, de que especialmente nuestra industria científica es charlatanería. Pero en el terreno de creaciones literarias y de las pasiones, en el terreno de las narraciones, del arte del verso, del teatro, de la pintura, no somos inferiores al resto de nuestros contemporáneos, no estamos por detrás del pueblo alemán. Alemania nos ha enseñado en muchos aspectos y quizá nos enseñará todavía mucho. Hay algo que entendemos por nosotros mismos: sentir de verdad interiormente, soñar de forma verdaderamente peculiar, esforzarse de forma verdaderamente apasionada.

Hoy, dada nuestra neutralidad, se nos mima de uno y otro lado. Pero nosotros sólo exigimos que se nos haga justicia. Sólo exigimos que se acepte que, si bien somos aprendices en la mayoría de las materias, somos campeones a nuestra manera. No aceptamos de ningún modo que se nos civilice. No queremos vernos tratados como una pintoresca tribu de semisalvajes: deseamos que no se nos siga llamando pueblo de sangre caliente, de guitarristas a la sombra de un naranjo, de gente que va a misa los domingos y practica la política a base de cuchillos. Exigimos que no se nos busque sólo con fines comerciales o de los libracos de nuestras bibliotecas, sin ver en ambos casos lo que nos es propio. No nos gusta que Treitschke nos llame un «pueblo hábil». Pero incluso en el caso de que un pueblo, Alemania, por ejemplo, superase enteramente a España en la mayoría de los aspectos, no nos gustaría que cualquier comerciante de ese país nos mirase por encima del hombro. El africanismo que se nos reprocha no nos asusta viendo que hombres como Cipriano, Agustín, Tertuliano, eran todos africanos. El Baedeker (una de las principales fuentes europeas acerca de nosotros) nos llama «aprensivos»; lo somos tan

sólo frente al desconocimiento. No, no queremos que nos modernice el primero que llega. No podemos aceptar que un pueblo que se confiesa cristiano, sea cual sea, se crea llamado a dominar al resto de los pueblos cristianos o a comportarse frente a ellos como dominador. Esto se aplica para nosotros por igual a todo imperialismo de uno y otro lado. Los españoles no aceptamos bajo ningún concepto que el judaísmo sea un pueblo elegido por Dios.

No puedo decir más que lo siguiente en estos tiempos en los que la guerra refuerza todo orgullo nacional, incluido el de los pueblos neutrales, y en los que llega a desvanecerse la vieja opinión de los pueblos de primer y segundo rango. Nada más que lo siguiente puedo decir de momento ante la culta Alemania en nombre de la España intelectual, por más que el español deba tanto al alemán. Pienso que lo mismo que nos hace aparecer como inadecuados para la lucha por la supremacía nos hará mañana, una vez que dominemos la técnica y la organización, especialmente capaces de nuevas formas de cultura. En efecto, yo mismo abrigo todavía la esperanza de que esta guerra produzca en nosotros un giro de aquel horrible período último, del período de los seguidores, de los rastreadores, de los sindicatos e ingenieros, del socialismo de cátedra y del militarismo culto, el fin de aquel horrible período insípido en el que la pasión por lo existente y la cientificidad borraron del mundo al individuo singular. Si España tiene una misión en el mundo es ésta: mostrar a este individuo singular en lucha por el cielo divino, a este ser único en el mundo, al hombre, antes que las cosas, el espíritu antes que la imagen, la aspiración antes que el provecho. Somos el país del caballero de la locura, del héroe de la derrota, del Quijote, quien poseía la suprema sabiduría, el arte, dejarse vencer y de superar al vencedor. «Por encima de todo en el mundo»¹⁴, a eso alcanza sólo el estado de Dios. En él es el hombre el rey, es decir, Cristo, quien enseña la igualdad de todos los hombres.

España quiere sentir de forma cristianamente neutral.

FUENTES PRINCIPALES

* Abicht, Paul: *Paul Adler, ein Dichter aus Prag* (Paul Adler, un poeta de Praga), Frankfurt am Main, Humanitas Verlag, 1972.

* Adler, Paul: Correspondencia con Miguel de Unamuno, Salamanca, Archivo Unamuno, Casa-Museo Miguel de Unamuno (Una edición de la correspondencia de Unamuno con alemanes, preparada por Pedro Ribas y por mí mismo, va a aparecer próximamente en la editorial Fondo de Cultura Económica).

* Urrutia, Louis (Ed.): *Miguel de Unamuno: Desde el mirador de la Guerra* (colaboración al periódico «La Nación» de Buenos Aires), Paris, Centre de Recherches Hispaniques, Institut d'Études Hispaniques, 1970.

¹⁴ Unamuno alude al himno alemán: «Über alles in der Welt».